

Recordar, compartir, aprender

Elche

Asunción Martínez Anierte,
David Rubio Quereda, 19 años

UNA VIDA LLENA DE RECUERDOS

Después de estar buscando sitio para aparcar durante unos minutos que parecieron horas, maldiciendo los mapas virtuales que me habían llevado a perderme, decidí aparcar a unos 15 minutos del lugar de quedada, imaginando que Asunción se habría ido ya. Pero al llegar a la cafetería la encontré sentada en una mesa, relajada mientras deleitaba un café y un bollo. Yo esperaba algún tipo de regañina, pero en cambio me invitó a pedirme lo que quisiese para merendar. Su paciencia y amabilidad sirvieron para que todo el estrés desapareciese de golpe. Primera enseñanza de Asunción sin ni siquiera haber empezado la entrevista.

Comenzó contándome un episodio que calificaba de “simple”, puesto que lo que uno vive suele pensar que es banal para el resto, pero que a mí me dejó sorprendido.

La protagonista principal era su abuela Adela, nacida en Orihuela, a la que consideraba como una segunda madre para ella, ya que vivía junto a ellas en la casa que tenían por la zona del Huerto del cura, zona que durante la guerra civil se mantuvo fiel a la República. Añadió que la vivienda estaba pared con pared con el cuartel de la Guardia Civil de Elche. Pues bien, la abuela Adela tenía un pequeño horno en la misma casa, Actualmente en desuso pero que durante la posguerra se tornó crucial como generador de alimento.

Por aquel entonces la harina escaseaba, pero en cuanto se corrió la voz de la existencia del horno, las vecinas comenzaron a buscar y se la daban a Adela para que hiciese pan a cambio de otros alimentos. La noticia se fue extendiendo hasta que un día la Guardia Civil llamó a las puertas de la casa. El miedo invadió a las mujeres cuando les pidieron que las acompañasen al despacho del capitán, en el cuartelillo. Temían alguna represalia por algún suceso del pasado que ni siquiera recordasen, o simplemente la expropiación del horno, único sustento de comida para la familia.

Asunción recuerda su sorpresa cuando le contaron que vieron salir del despacho a su abuela, sonriente. Les explicó que el capitán le había propuesto que, a cambio de un suministro más o menos constante de harina, cocerían pan para todo el cuartel. Esto suponía mucho más trabajo para la abuela Adela, que casi no salía del horno, pero también cierta seguridad para su hija y nieta. Tal nivel de trabajo la llevó a enfermar a cabo de unos pocos meses, aunque afortunadamente pudo reponerse y continuar con su labor.

Tras esta curiosa historia de trabajar bajo el miedo de que algún día sus vecinos de pared (la Guardia Civil) se enterasen de que fabricaba pan en secreto, y que acabó como he relatado.

Asunción, dando cuenta de su café, pasó a contarme otra historia no tan alegre, pero igual de verídica, acerca de un tío encarcelado en Madrid, hijo de la abuela Adela, y que sucedió antes que esta primera.

Ramón era un joven que tuvo que hacer los tres años de servicio militar para después marchar con un batallón de Elche a Madrid. Tras la guerra fue encarcelado y sentenciado a pena de muerte, aunque posteriormente se la conmutaron por 30 años de cárcel.

La pobre abuela Adela no ganaba para sufrimientos. Al hecho de hacer pan a escondidas se sumaba la encarcelación casi perpetua de uno de sus siete hijos. En ese momento del encuentro los ojos de Asunción brillaron al recordar que nada de todo aquello hicieron perder la fe a su abuela, que rezaba el rosario todas las noches, de arriba a abajo.

Un día, me cuenta, Adela decide ir a visitarle a Madrid, lo que por entonces era una auténtica odisea que se unía a que la abuela no sabía leer ni escribir. En un ejercicio de superación la mujer logró siempre subir a los trenes correctos, sin entender los carteles indicativos y muchas veces en la oscuridad de la noche.

Recordar, compartir, aprender

Para Adela, su hijo Ramón había sido siempre fuente de alegrías. Era un joven altivo y muy alegre, y le desgarraba imaginar cómo se lo encontraría en Madrid.

Asunción pasó a explicarme cómo encontró a su tío cuando salió de la cárcel a finales de 1944. Las innumerables palizas que recibió en la cárcel de Madrid, que se decía era la más cruel de España, le habían dejado sin dientes. Asunción recuerda un episodio muy duro. Su tío entró a un dormitorio y le invadió el pánico al ver el crucifijo colgado de la pared. Como supieron después, en la cárcel le enseñaban un crucifijo cada vez que le pegaban. Al final cambiaron el símbolo de la pared por un cuadro de la Oración del Huerto. A pesar de todo, Ramón siguió siendo una persona muy creyente que siempre llevaba consigo una estampita de la Virgen de los Desamparados.

Cuando ya nos habíamos acabado la merienda, Asunción me comentó que ella nunca recuerda que Elche fuese bombardeado durante la guerra, aunque veía pasar muchos aviones y la gente corría cada dos por tres a los refugios. Justo entonces, en la mesa de al lado, un hombre nos interrumpió con cortesía para decirnos que había estado escuchando los relatos. Nos ilustró con una curiosa anécdota cuando un día sonó la alarma de ataque aéreo. Él estaba durmiendo y su madre entró al cuarto tirando de su sábana para llevarse—lo, lo que propició que, medio adormecido, rodase por debajo de la cama. Al darse cuenta la familia empezó a buscarle, pero la pobre bombilla de 15 vatios casi no alumbraba nada y costó encontrarle.

Para finalizar Asunción me explicó que vivir en Elche aquellos terribles años fueron una suerte en comparación con otras ciudades, pues aquí tenían dátiles y naranjas para poder comer, y muchos empleos.

Yo me quedé sorprendido por conocer a una mujer así, con tanto que contar, y que había aprendido que la vida hay que tomársela con paciencia, para disfrutar cada segundo. Sin duda, me llevaré siempre el buen recuerdo y la amabilidad de Asunción, una extraordinaria persona.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Esta vez tras aprender la lección del otro día aparqué en la Universidad, me dirigí de nuevo a hablar con Asunción, y llegué puntual a mi cita. Tras preguntarme si me apetecía tomar algo comenzamos de nuevo a charlar pero esta vez acerca de su visión de la vida y qué aspectos destacaría en todos estos años.

Lo primero que me comentó fue que nos tenemos que sentir bien con uno mismo, otra cualidad es saber educar bien a los hijos y no darles siempre la razón. Asunción con sus cuatro hijos sabe que esta tarea no es nada sencilla, pero sí necesaria para educarlos bien. En cuanto a los valores de la vida, a veces más vale llevarse un disgusto que no disfrutar de una falsa vida de rosas, para que luego te engañen. Recordando su antigua casa con su abuela y su madre en ella siempre disponían del periódico, que su padre les leía al lado de sus otros hijos.

Otra cualidad es que hay que saber aprovechar las oportunidades que se tiene y saber disfrutarlas. Como acudir a la exposición de pintura de tu hijo y sentirse orgullosa por haber ayudado a que algo así se produjera, ya que Asunción también pinta lienzos.

Hay que ser fuerte mentalmente y llevarlo todo para adelante, y para ello hay que sentirse querido. El amor familiar es muy importante, el apoyo que estos te ofrecen siempre es muy útil, y lo más importante de todo es que sabes que siempre estarán ahí y que podrás contar con ellos.

Asunción, en su antigua casa, pudo gozar de todas estas cualidades junto a su abuela Adela, en quien veía a su segunda madre, una mujer responsable, inteligente y muy alegre.